Romea

La Ponchada

C. en un acto

Pintura y escultura modernas, por D. Francisco Miquel y Badía.—Repartiremos durante el curso de l publicación varias y hermosas fototipias, reproducción acabada de cuadros y esculturas de los más celebrad artistas modernos que figuran en el Museo Nacional de Pinturas, que han obtenido señalados premios y dis tinciones ó bien merecido la sanción de la Crítica. Cada cuaderno se compondrá de ocho grandes páginas e folio, cuando se reparta una magnífica fototipia, y de doce grandes páginas cuando vaya sin ella. El precio d cada cuaderno será sólo de *cuatro reales en toda España*. Esta obra constará de unos 40 cuadernos.

Diccionario Industrial.—El *Diccionario Industrial* constará de tres tomos, divididos en seis volúmenes, d regulares dimensiones, comprendiendo cada uno cerca de 60 pliegos de 16 páginas de texto, ilustrados co más de 2.000 grabados intercalados, representando toda clase de aparatos industriales, máquinas, mueble objetos de cerámica, cristalería, útiles de albañilería, cerrajería, carpintería, lampistería, etc., etc., y tod cuanto se refiere y tiene aplicación á las artes y oficios. Cada entrega se compondrá de diez columnas de tex to, al precio de *medio real en toda España*, repartiéndose en cuadernos de 4 reales, que comprenderán 8 columnas, equivaliendo el texto de cada entrega á un volumen de regulares dimensiones.

OBRAS TERMINADAS

La caza en todos los países y á través de los siglos, edición de gran lujo, profusamente ilustrada co magníficas cromotipografías, sistema empleado por vez primera en España, heliografías, grabados intercala dos y láminas sueltas en boj, acero y zincografía, representando escenas y episodios de caza, reproducción d obras de arte de los más insignes maestros sobre caza, grandes monterías, retratos de cazadores célebres, pe rros, caballos, armas, sitios reales, parques, arreos, trajes y animales venatorios, etc., etc. Consta esta obr de ochenta cuadernos, y su precio es de 80 pesetas. Se admiten suscripciones á uno ó dos cuadernos semana les. El precio de cada cuaderno es de *cuatro reales*.

La pesca en todos los países, *segunda parte de la obra La Caza*.—Consta esta obra de once cuadernos, a precio de *cuatro reales* cada uno.

Reseña de las enfermedades más comunes entre los | *Legislación vigente de Sanidad marítima*

LA PONCHADA,

IMPROVISACION CÓMICA EN UN ACTO,

ESCRITA POR

D. Manuel Breton de los Herreros

Y

D. Julian Romea,

para la funcion teatral dispuesta en obsequio del Escelentísimo señor duque de la Victoria por el Escelentísimo Ayuntamiento constitucional de Madrid.

MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1840.

PERSONAS.	ACTORES.
CASILDA.	*Doña Matilde Diez.*
DOÑA LIBRADA.	*Doña Gerónima Llorente.*
D. LUPERCIO. .	*D. Antonio Guzman.*
D. MARCIAL. . .	*D. Julian Romea.*
D. GINÉS.	*D. Elías Noren.*
VIGIL.	*D. Florencio Romea.*
D. AMBROSIO. .	*D. Pedro Sobrado.*
CAMARMA. . . .	*D. Luis Fabiani.*

Milicianos nacionales. Máscaras.

La escena es en Madrid. Sala baja en casa de D. Lupercio con dos puertas en cada lado y una reja en el foro.

ACTO ÚNICO.

Aparecen varios nacionales vestidos de gala y con el correage puesto; cuatro jugando al tresillo, otros tantos durmiendo ó dormitando en un sofá y en sillas, y otros leyendo periódicos.

ESCENA PRIMERA.

NACIONALES.

Nacional 1.º (*Con un periódico en la mano.*) Ya lo veis. No queda un ángulo en la monarquia donde ya no resuene con entusiasmo el santo grito de libertad é independencia que dió Madrid y repitió Zaragoza. Los deseos y los clamores del pueblo y del ejército son unos mismos por donde quiera, y es harto esplícita y enérgicamente pronunciada la general opinion para que pueda quedar sin resultado. No será ya esteril tanta sangre derramada. El invicto caudillo, el infatigable Espartero, que derrotó las huestes del ominoso D. Carlos y no envainó su terrible espada hasta lanzarlas con oprobio de sus últimas guaridas, no ha de haber adquirido en vano los gloriosos timbres de pacificador, de libertador de España. Digno intérprete de la voluntad nacional, no vaciló en manifestarla con la franqueza y lealtad de un soldado á la nieta de S. Fernando, y angel ahora de paz como antes fuera el genio de la victoria, á su denuedo, á su prudencia, á su prestigio deberemos la consolidacion, la seguridad de nuestros derechos.

Nacionales. Viva el vencedor de Luchana y de Morella!

Otros. Viva Espartero!

Nacional 2.º La heróica villa del Dos de Mayo, del

Siete de Julio y del Primero de Setiembre le espera ansiosa para colmarle de parabienes.
Nacional 3.º Segun noticias, hoy mismo debe llegar y á la hora menos pensada.
Nacional 2.º Tal vez quiera entrar de incógnito; pero no le valdrá, que hay vigias en la torre de Santa Cruz, y se observan todas las avenidas.
Nacional 1.º Hé aqui un espionage de que no se avergonzará ningun patriota.
Nacional 4.º Paso.
Nacional 5.º Paso.
Nacional 6.º Juego. Un solito á espadas.

ESCENA II.

LOS PRECEDENTES Y VIGIL.

Vigil. (*Con insignia de cabo y un papel en la mano.*) A ver? Quién de ustedes tiene el número siete?
Nacional 2.º Yo no.
Nacional 3.º Ni yo.
Nacional 4.º Yo tampoco.
Dentro una voz. Cabo de escuadra, el relevo!
Vigil. (*A la puerta.*) Allá van! Un poco de paciencia. (*Acercándose á uno de los que juegan.*) Sanchez! No tenia usted el número siete?
Nacional 5.º No señor, déjeme usted jugar.—Contemos los triunfos.
Vigil. Pues aqui lo tiene usted señalado en la lista.
Nacional 5.º Oh! no le dije á usted que cambié con Garcia?
Vigil. (*Leyendo.*) Es verdad: apuntado lo tengo. (*Al nacional* 6.º) Pues á ver... Usted! A tomar el chopo y á relevar, que entra usted de centinela.
Nacional 6.º Si no me toca á mi!—Contrafallo.—Si yo la hice antes por mi primo Urrutia...
Vigil. Cuándo? Aqui no consta...
Nacional 6.º Sí señor. De nueve á once... Diablo de cabos que no le han de dejar á uno... Eh! Por usted me han hecho la tenaza y llevo codillo.
Vigil. Qué codillo y qué tenaza y qué tormento es

comparable con el de ser cabo entre ustedes? Qué apostamos á que tengo yo que ponerme de centinela con galones y todo? Consentirán ustedes que mi autoridad se vea deprimida hasta ese punto?

Nacional 2.º (*Riéndose y los demas tambien.*) Ah, ah! La autoridad de un cabo!

Vigil. Acabemos con Satanás! Quién de ustedes es Urrutia?

Dentro una voz. Cabo Vigil, el relevo!

Vigil. Por vida del otro Dios!... Alguno de estos que duermen... (*Despertando á uno.*) Urrutia!

Nacional 7.º Yo no soy Urrutia.

Vigil. (*Despertando á otros dos.*) Urrutia! Urrutia!

Nacional 8.º Qué hay?

Nacional 9.º Qué es eso?

Vigil. (*Al nacional* 8.º) No; usted es Gomez (don Pedro.)

Nacional 8.º Gracias por la noticia! Despertar á un ciudadano para decirle cómo se llama!

Vigil. (*Al* 9.º) Usted... Usted tampoco es Urrutia.

Nacional 9.º Urrutia está roncando. No le vé usted?

Vigil. (*Sacudiendo el brazo al nacional* 10.) Eh compadre! Vamos arriba!

Nacional 10. (*Despertando sobresaltado.*) A las armas! Fuego!... Mi fusil...

Vigil. Eh! No alborote usted.

Nacional 10. Pues qué tenemos? Creia...

Dentro la voz. Cabo de escuadra, el relevo!

Vigil. Ya van! Oye usted? A relevar. Usted tiene una centinela atrasada.

Nacional 10. Sí señor; pero ahora debe entrar Barrios, que está recargado por el capitan.

Vigil. Maldicion!... Y Barrios estará ahora por esos barrios de Dios... Pues señor; si alguno de ustedes no me saca de este apuro, reniego de mi pícaro empleo, y ahora mismo voy á hacer dimision.

Nacional 2.º (*Riéndose.*) Ah, ah... La dimision de un cabo... (*Se va riendo y le siguen todos menos el nacional* 1.º *y los que juegan al tresillo.*

Vigil. Eso es! Ahora desfilan todos y me dejan á solas con la lista... que parece ya un mapamundi segun lo que me han hecho apostillar y borragear en

ella!... Si digo que no puedo con el peso del gobierno!

Nacional 1.º Vamos no se aflija usted. A mí no me toca, pero haré el servicio por adelantado.

Vigil. Ah! Dios se lo pague á usted y le libre de cargos de tanta responsabilidad.

Nacional 2.º (*Asomando la cabeza y volviendo á retirarse.*) Ah, ah... La responsabilidad de un cabo!

Vigil. Oiga usted, seo bufon... Insubordinado!...

Nacional 1.º No se enfade usted, porque le traerá peor cuenta. Son muchachos y estan hoy tan contentos...

Dentro la voz. Cabo Vigil!

Nacional 1.º Vamos, vamos. (*Vanse Vigil y el Nacional* 1.º)

Nacional 4.º Si os parece que lo dejemos ahora que ya se han acabado las puestas...

Nacional 5.º Sí, sí; vamos á ver qué mundo corre por ahí. (*Don Lupercio asoma la nariz por una de las puertas de la izquierda.*)

Nacional 6.º Treinta reales me ha costado la fiesta.

ESCENA III.

DON LUPERCIO.

Ya se van... Ya se han ido. Respiremos! Pero volverán cuando se les antoje, usando de las omnímodas facultades que la loca de mi muger les ha concedido para invadir mi casa; para allanarla, como se dice ahora. Es una quínola el vivir en una calle principal cuando menudean las alarmas, los retenes y las formaciones. Nosotros los carlistas debiamos acuartelarnos en la plazuela de Afligidos ó en la Costanilla de los Desamparados. Pero á bien que este chubasco pasará pronto. Segun cartas fidedignas, Cabrera y Balmaseda estan en campaña, y el héroe tortosino avanza ya á marchas dobles hácia la capital. El rey mi señor le sigue... á una prudente distancia, y ya podemos ir preparando las funciones reales. No tuviera yo el vigor de mis primeros años! Con qué gusto saldria de caballero en plaza...

Y dichoso yo si en las hastas del toro... Mi muger!

ESCENA IV.

DON LUPERCIO, DOÑA LIBRADA.

Doña Librada. (*Entra cantando.*)
«A la lid, españoles valientes»...

Don Lupercio. Calla, maldita de cocer! ¿A qué vienen ahora esas folías?

Doña Librada. Pues no sabes, hombre estúpido, que hoy entra en Madrid el general Espartero?

Don Lupercio. Muger, no digas necedades; si Espartero está en desgracia!

Doña Librada. Tú si que lo estás y todos los servilones. En desgracia, y S. M. le ha nombrado presidente del consejo de ministros, y le ha dado carta blanca para poner en ejecucion el programa!...

Don Lupercio. Qué programa ni qué niño muerto? Pues no sé yo y sabe todo el mundo que le han enviado á tomar baños?...

Doña Librada. En agua rosada te bañarias tú si eso fuera cierto, mal español; pero gracias á Dios S. E. goza de perfecta salud...

Don Lupercio. Los periódicos han dicho, segun me aseguran, que recibió la orden del baño...

Doña Librada. Borrico, esa es una condecoracion que le regaló su tocaya la reina de Inglaterra.

Don Lupercio. Su tocaya?

Doña Librada. Si por cierto. El duque de la Victoria, la reina Victoria;... tocayos son.

Don Lupercio. Bien; eso será cierto. S. M. Británica es herege, y no es estraño que premie á los enemigos de la religion.

Doña Librada. Embustero! Blasfemo!...

Don Lupercio. Pero entrar Espartero en Madrid? Qué desatino! Por dónde quieres que venga, si todo está dominado por los ejércitos carlistas? Fray Saturnino en Galicia, Cabrera en Aragon, Balmaseda en Navarra, Palillos en la Mancha, Tristany en Cataluña...

Doña Librada. Quién te ha contado esas patrañas, infeliz?

D. Luprecio. Oh! Yo lo sé de buena tinta. Y sino, á que asunto esos cañones en la plaza, esas zanjas en las calles, en esos portillos tapiados, y todo el aparato de guerra que ostenta hace un mes la capital?

Doña Librada. Pues no éstas tú poco atrasado de noticias! No sabes que las zanjas y las baterias se han convertido en arcos triunfales?

D. Lupercio. No lo sabia. Como apenas salgo de casa... Pero tanto mejor. Esos arcos de triunfo servirán para Cabrera.

Doña Librada. Hombre estólido y rezagado, no has oido pregonar estos dias mas de veinte gacetas estraordinarias?

D. Lupercio. Sí, atestadas de embustes y de heregias! Desde que se fueron á tomar aires la Gaceta de Oñate y el Boletin de Morellá, no he vuelto yo á leer periódicos, y todo el que los lee está en pecado mortal.

Doña Librada. No me has oido á mí misma celebrar los pronunciamientos...?

D. Luprecio. Yo te oigo á tí como quien oye llover.

Doña Librada. Insolente!

D. Luprecio. Y como te has pronunciado tambien contra mi legitima autoridad, me parece sospechoso cuanto sale de tu boca.

Doña Librada. Enhorabuena; pero tus mismos amigos no te digeron lo que pasaba?

D. Lupercio. Sí; algo oí de cortes y ley municipal, y si el ministerio habia de ser moderado ó progresista, y si habia discordia entre los mismos liberales, y si verdes las han segado; mas para mí en no siendo carlistas netos, todos son unos, olivos y aceitunos, y no puedo comprender que haya guerra civil en España como no sea entre carlistas y cristinos. No lo dudes; todas esas disposiciones militares se han tomado contra los egércitos del señor don Carlos V. que en paz descanse... digo; que Dios guarde muchos años. Creí que hablaba del difunto.

Doña Librada. Qué nunca hayas de caer de tu asno! Eres incorregible.

D. Lupercio. Y tú contumaz, impenitente y escomulgada y antropófaga.

Doña Librada. Merecias que te denunciase para que te dieran tu merecido.

D. Lupercio. Virgen del Tremedal! por qué me casé yo con esta energúmena?

Doña Librada. Hijos de Padilla! dónde tenia yo la cabeza cuando me casé con este apostol del oscurantismo?

D. Lupercio. Ya me hubiera divorciado, pero por no dar un escándalo... (Y tendria que soltar su dote. No! Primero mártir).

Doña Lib. Ya te hubiera yo repudiado por incompatible y absurdo..., pero porque no digan... (Y prêfiero tenerle á mi lado para matarle á pesadumbres).

D. Ambrosio. (*Entra apresurado y acercándose á don Lupercio le dice misteriosamente al oido.*) Hay agitacion.

D. Lupercio. Sí? Bueno! (*Vase don Ambrosio.*)

Doña Librada. Qué te ha dicho ese hombre?

D. Lupercio. Nada. (Disimulemos.) Me ha preguntado dónde está el jubileo.

Doña Librada. ¡Em..: A otro perro con ese hueso. El tal don Ambrosio tiene una traza de feota y de conspirador...

D. Lupercio. ¡Eh! Qué diablos ha de conspirar un pobre memorialista muerto de hambre? Como no conspire contra tu despensa...

Doña Librada. Pues á mí no me entra de los dientes adentro, y me parece que no paro...

D. Lupercio. Ya es dificil.

Doña Librada. Hasta echarle del portal.

D. Lupercio. Muger, sé tolerante.

Doña Librada. Tolerante? No señor; no quiero. Muera la tolerancia! Yo no transijo con cangrejos.

D. Lupercio. Qué te han hecho esos pobres animalillos? Hacen tan buena sopa!...

Doña Librada. A propósito de sopa; hoy comeremos de fonda, porque como estamos sin criada...

D. Lupercio. Ayer la despediste sin motivo...

Doña Librada. Cómo sin motivo? He averiguado que un tio suyo fué voluntario realista!

D. Lupercio. Válgate Dios, muger...!

Doña Librada. No despediste tú al aguador porque entró cantando el himno de Riego?

D. Lupercio. Tienes razon, Librada; y á la verdad, no sé como no vivimos en la mejor armonía, porque estremados uno y otro en nuestras creencias, tal vez simpatizamos mas de lo que parece.

Doña Librada. Yo no simpatizo con serviles, y no me lo vuelvas á decir, porque me desespero y me exalto y... Por no hacer un disparate me voy adentro á leer el Huracan.

ESCENA V.

D. LUPERCIO.

Jesus, Jesus, qué muger de mis pecados! Sin ella y con Carlos V. estaria yo en mis glorias.

ESCENA VI.

D. LUPERCIO, CASILDA.

Casilda. Ay, papá!

D. Lupercio. Otra misa sale! (A esta le ha dado por lo romántico y estoy por decir que es peor que su madre.) Vamos, qué traes? Alguna vision de las tuyas?

Casilda. No señor, porque dice el adagio: sueños hay que verdades son. Si viera usted lo que he soñado!...

D. Lupercio. No digo?

Casilda. Estaba yo leyendo la última novela de *Jorge Sand*...

D. Lupercio. Será san Jorge en todo caso. Todo lo habeis de trabucar!

Casilda. No señor. Jorge es nombre y *Sand* con *d* es apellido.

D. Lupercio. Ya decia yo que san Jorge..., un hombre tan formal metido á novelista... Vamos; prosigue. Nada me importa el nombre del autor.

Casilda. Si no es autor, que es autora!

D. Lupercio. Cómo!...

Casilda. Ese Jorge es una muger, que en su casa se llama la Baronesa de no sé cuantos y en la libreria Jorge Sand.

D. Lupercio. Ave María purísima! Cuando digo yo que el mundo... Espera un poco. (*Vuelve á entrar don Ambrosio con los mismos aspavientos.* Qué hay?

D. Ambrosio. (*Al oido.*) La diligencia de los Carabancheles... no ha venido!

D. Lupercio. Oh!... Pues eso...

D. Ambrosio. Observaré. (*Vase.*)

D. Lupercio. En fin, leyendo la novela...

Casilda. Me quedé dormida.

D. Lupercio. Lo mismo me hubiera sucedido á mí.

Casilda. Y no bien hubo rociado mis párpados con la tipsana de la idealidad el númen de los ensueños y hecho parentesis transitorio el torbellino de mi existencia...

D. Lupercio Al grano, al grano. Demasiado sé yo que tu cabeza es un torbellino.

Casilda. Cuando me ví trasportada no sé cómo á un delicioso valle, cuya descripcion no quiero pasar en silencio, porque...

D. Lupercio. Pues yo te mando que la suprimas, y acabemos pronto.

Casilda. Estaba yo embelesada con aquella sinfonia de flores y aquel logogrifo de arroyuelos, cuando del fondo de una gruta sale una voz que esclama: hija de don Lupercio!...

D. Lupercio. Oiga! Tambien soy yo conocido en el mundo fantástico de mi señora doña... Jorge Sand?

Casilda. Conforta tu corazon y eleva tu espiritu! Tú te casarás...

D. Lupercio. Toma, toma! Pues eso mismo sueñan cada noche todas las doncellas.

Casilda. Gracias, genio de la espelunca, le dije; pero con quién? Y me responde...

D. Lupercio. A ver? Sepamos el nombre del agraciado.

Casilda. Su nombre, me dijo, debe ser todavia un misterio para tí, pero sírvate de gobierno que te casarás con un infante. (*Mudando de tono y sal-*

tando de alegria). Con que, no hay remedio: voy á ser serenísima Señora.

D. Lupercio. Oyes! De menos nos hizo Dios. Triunfando D. Carlos, yo espero verme muy en candelero, y como puedo probar que desciendo de Manregato... Qué tenemos?

D. Ambrosio. (*Entrando con la misma pantomima.*) El peluquero acaba de cerrar su tienda!

D. Lupercio. Pues entonces ya es evidente...

D. Ambrosio. Positivo! (*Vase y al volver la espalda aparece Doña Librada.*)

ESCENA VII.

D. LUPERCIO, CASILDA, DOÑA LIBRADA.

Doña Librada. Otra vez ese estafermo! Vosotros fraguais algun complot.

D. Lupercio. Dale! No hay tal complot. Ha venido á decirme que tocan á misa en San Ginés, y allá voy para rogar á Dios que te convierta... (y me libre de ti.)

ESCENA VIII.

DOÑA LIBRADA, CASILDA.

Doña Librada. Hum... qué hombre tan incongruente!

Casilda. Yo infanta! Oh ventura! Oh placer! Oh regodeo sentimental!

Doña Librada. Qué te ha dado, muchacha, que parece que tienes hormiguillo?

Casilda. Friolera! Que voy á ser infanta de Castilla, por parte de marido; que me lo ha revelado en sueños el angel de la caverna.

Doña Librada. Ay, ay, ay...! Tu juicio está de remate, hija mia; y aun eso seria lo de menos si tu demencia tomase un rumbo demagógico, republicano; pero una locura aristocrática... Qué horror!

Casilda. Tranquilicese usted, mamá. Mis sueños no tienen la menor tendencia política; son puramente ramánticos y conyugales.

Doña Librada. Conyugales? Si; ahí está la madre del cordero. Marcial, tu novio, se fue al egercito, no te escribió, te creiste olvidada; y el despecho, fomentado con la lectura de novelas estravagantes, fue minando el poco chirumen que Dios te otorgó, hasta que de cavilacion en cavilacion has perdido de todo punto el sentido comun.

Casilda. Marcial! Qué bello mozo era Marcial! Plegue á Dios que sea de su tipo y dimensiones mi augusto predestinado!

Doña Librada. Vaya, chica, no me corrompas con esa ridícula algarabia, y resígnate á vegetar en el estado honèsto hasta que Dios te provea.

ESCENA IX.

LAS PRECEDENTES, VIGIL.

Vigil. (*Con la lista en la mano.*) Me dan ustedes razon del número 17?

Doña Librada. Si; en la otra acera debe de estar, al lado de una tienda de aceite y vinagre.

Vigil. Gracias. Voy corriendo...

Doña Librada. Por cierto que encima tiene la lápida...

Vigil. Cómo...! Una lápida encima!

Doña Librada. Sí, la lápida que dice: asegurada de incendios.

Vigil. ¡Ah! ¡Pecador...! Me habla usted del número de una casa, y yo pregunto por un granadero!

Doña Librada. Yo creí...

Vigil. No; la culpa es mia, que con las graves atenciones de mi empleo, tengo la cabeza á componer. Hay que nombrar un piquete...

Doña Librada. Un piquete! Pues qué ocurre?

Vigil. Nada: Es para custodiar á las músicas que se reunen en la plaza de la Constitucion para celebrar la llegada del invicto duque...

Doña Librada. Qué me dice usted! Con que músicas en la plaza...? Y habrá vivas..

Vigil. Y baile patriótico...

Doña Librada. Pues allá voy yo, y bailaré y gritaré, y entonaré potióticas.

(*Cantando.*)

Soldados, la patria
nos llama á la lid.
Juremos...

Cuida tú de la casa, muñeca; recoge la ropa para la lavandera y echa de comer á las palomas.

(*Cantando.*)

Juremos por ella...

Viva la Constitucion con todas sus consecuencias!

Trágala, trágala, trágala...

(*Vase cantando.*)

ESCENA X.

CASILDA, VIGIL.

Casilda. (Oh peste! Encargar á una alteza presunta esas mecánicas del ministerio de lo interior!)

Vigil. Sabe usted, alma mia, que es usted de lo mas lindo que se ha escrito, y que buscaria yo el camino de ese corazon con mucho mas gusto y eficacia que al número 17? Ay qué ojos de progreso rápido, y qué cuerpecito de guardia...

Dentro una voz. Cabo Vigil!

Vigil. Allá voy! 17, 18...! Bendita seas!

ESCENA XI.

CASILDA.

Qué insolencia! Qué avilantez! Requerirme de amores un ciudadano tan subalterno, cuando circundada de monárquicos presentimientos, me parecerian harto humildes para pages los condes y los archiduques!

ESCENA XII.

CASILDA, D. LUPERCIO.

D. Lupercio. Albricias, hija de D. Lupercio! Ya empieza á ser menos inverosimil tu infanticidio; digo, tu exaltacion al infantazgo. Mi amigo el ex-inqui-

sidor D. Sempronio, acaba de darme noticias positivas, auténticas, flamantes.

Casilda. Si? Diga usted.

D. Lupercio. En primer lugar; es cierto, es indudable que Espartero viene á Madrid.

Casilda. Bien, pero el oráculo...

D. Ambrosio. (*Entra y habla como acostumbra.*) Hay movimiento! Acaba de pasar al trote un salvaguardia!

Don Lupercio. Si? Oh!

Don Ambrosio. Hu...! (*Vase.*)

Don Lupercio. Sí, hija mia. Viene efectivamente el duque de la Victoria, pero viene derrotado y prisionero. (*Oyese tocar llamada y tropa.*)

Casilda. Bien está; pero mi futuro...

Don Lupercio. Será *plusquamperfecto*, porque ya está fuera de duda el próximo advenimiento del señor D. Carlos, y su instalacion, su exaltacion, su coronacion, su proclamamacion, su restauracion, y el triunfo de la Inquisicion, y la supresion de la Constitucion y el esterminio de la Nacion.

Casilda. Y en conclusion, podré hacer mi eleccion entre la sucesion del nuevo Faraon...

Don Ambrosio. (*Vuelve á lo mismo.*) Atencion! Las cajas de ese batallon tocan llamada y tropa. Oye usted? Plon, plon, plon, plon, plon...

Don Lupercio. Ya las oigo, santo varon!

Don Ambrosio. Pero eso quiere decir...

Don Lupercio. Oh! Mucho.

D. Ambrosio. Vuelvo á mi observacion. (*Vase.*)

D. Lupercio. No te alegras, Casilda? Cómo no acabas de volverte loca de gusto, y bailas y cantas la pitita...?

Casilda. Que sé yo qué le diga á usted? Esa ovacion carlísticamente dinástica me conforta por un lado y por otro me entumece y me dilapida; porque yo preferia contraer esponsales con un principe errante y perseguido, con una especie de Estuardo ó de Poniatowski...

D. Lupercio. Vamos, vamos; sé moderada en tus deseos y no pidas gollerias.

Casilda. Y si fuese un bastardo, tanto mejor. Tiene bastardos don Carlos V?

D. Luprecio. Abominacion! Blasfemia! Un señor tan timorato!...

D. Ambrosio. (*Haciendo la misma caricatura.*) Esto es hecho! El batallon que estaba situado en nuestra calle desfila por el flanco izquierdo.

D. Lupercio. Hombre! Pues eso algo significa.

D. Ambrosio. Todos van en retirada: me lo acaba de decir uno de los nuestros.

D. Lupercio. Pues de esta hecha no paran hasta Cádiz.

D. Ambrosio. Pues!

D. Lupercio. Eso es!

D. Ambrosio. Como en el año 23!

D. Lupercio. Cuando poco despues...

D. Ambrosio. Entró el ejército francés...

D. Lupercio. Para volverlo todo del revés.

D. Ambrosio. Aun me ha dicho mas.

D. Lupercio. Qué? Qué ha dicho?

D. Ambrosio. Que asoman ya las avanzadas de Cabrera.

D. Lupercio. Oh bienaventuranza!

D. Ambrosio. Él mismo las ha visto, y ha distinguido las boinas...

D. Lupercio. Las boinas! Oh júbilo!

D. Ambrosio. Con un microscopio.

D. Lupercio. Telescopio dirá usted.

D. Ambrosio. Eso. Un anteojo de larga vista.

D. Lupercio. Pues es asunto concluido. Atacará, capitularemos, entrará triunfante, le seguirá S. M., habrá Te-Deum, y besamanos... Qué haces tú que no vas á ponerte de tiros largos?

Casilda. Si, papá. Con tan plausible motivo Casilda se viste de gala.

ESCENA XIII.

DON AMBROSIO, DON LUPERCIO.

D. Lupercio. Yo tambien me pondria mi uniforme de caballerizo honorario, pero como hace tantos años que no lo uso, las polillas le han convertido en un harnero; mas ya tengo á prevencion en el bolsillo

mi escudo de fidelidad y el escapulario de la virgen de los Dolores.

D. Ambrosio. Yo no tengo uniforme ni cosa que lo valga. Meritorio sin sueldo *in illo tempore*, y en el actual escribiente y memorialista... Pero ya querrá Dios que salga yo de ese descoyuntado biombo, y cuando el Rey sepa quien soy, lo menos, lo menos me endosa una intendencia.

D. Lupercio. Oiga usted; será preciso que agasajemos á las tropas leales. Yo me voy á traer á casa media compañía en justas represalias de los huéspedes con que me ha favorecido esa desesperada de mi muger.

D. Ambrosio. Sí, sí; y es preciso que haya gaudeamus... Hoy debe usted echar la casa por la ventana, usted que tiene casa!

D. Lupercio. Por el pronto organizaremos un refresco... Hola! Camarma!

D. Ambrosio. Yo opino, ya que solo puedo comer y opinar, que traigan algo sólido, algo que se pegue al riñon.

D. Lupercio. Eso, despues...

ESCENA XIV.

DICHOS Y CAMARMA.

Camarma. Qué manda usted, señor?

D. Lupercio. Acude, corre, vuela y confecciona al momento un barreño; poco he dicho, un occeano de ponche, y despuebla de bizcochos, mantecados y mazapanes la primera confiteria que encuentres. Toma dinero. (*Le da un bolsillo.*)

Camarma. Pero qué es esto, señor? Quién ha parido? Quién se casa?... O quién se ha muerto y le ha nombrado á usted legatario universal?

D. Lupercio. Pues no sabes lo que ocurre, pazguato?

Camarma. No señor; y si usted no me dice á que santo es la funcion...

D. Lupercio. A San Cabrera bendito que va á entrar victorioso en Madrid...

Camarma. Cabrera!.. (Mi amo ha perdido el juicio,

pero á cada loco con su tema; este es mi sistema.)

D. Lupercio. Vamos; muévete, postema!

Camarma. Con qué es cierto? Qué alegria!.. (Qué bárbaro!) Con que triunfamos y vuelve el antiguo régimen, y reedificaremos las monjas de Pinto y la Soledad...

D. Ambrosio. Qué plato de gusto para el comprador del terreno!

D. Lupercio. Vamos, anda. Para no llamar la atencion puedes entrar y salir por la puerta falsa.

Camarma. Voy, voy corriendo. Qué dicha! (Qué estupidéz!) Yo estoy fuera de mí... (*Con un grito ahogado.*) Viva el Rey absoluto!

D. Lupercio y D. Ambrosio. (*Imitando á Camarma.*) Vivaaa!..

ESCENA XV.

DON LUPERCIO, DON AMBROSIO.

D. Lupercio. Hoy se me quitan de encima veinte años por lo menos. (*Suena un cañonazo y siguen otros con cortos intervalos.*)

D. Ambrosio. Oye usted? Un cañonazo. Ya están ahí!

D. Lupercio. Qué felicidad! Cabrera nos toma por asalto!

D. Ambrosio. Otro!

D. Lupercio. Música celestial!

D. Ambrosio. Oiga usted, llegarán aqui las bombas?

D. Lupercio. No tenga usted miedo. Teniendo yo aqui mi escapulario...

D. Ambrosio. Oh! sí; y el escudo de fidelidad... (*Suena en la calle confusa algazara.*)

D. Lupercio. A ver, á ver? Calle usted!.. La gente vocea!..

D. Ambrosio. Sí, sí, se oye un confuso clamoreo.... (*Suenan campanas á vuelo y marcha de honor.*)

D. Lupercio. Y marcha de honor! Estó es sin duda que el héroe...

D. Ambrosio. Y las campanas se desgañitan... Voy, voy á ver... (*Sale corriendo. Se aumenta la algazara popular, dejando percibir el grito de*) viva el Duque de Morella! Viva! Viva!

D. Lupercio. Cielos! Yo he oido cosa de Morella... Me engañará el corazon?..

D. Ambrosio. (*Echándose en los brazos de D. Lupercio.*) Ay amigo! Ay amigo mio!

D. Lupercio. (*Asustado.*) Qué hay, hombre, qué hay?

D. Ambrosio. Que ya ha entrado, que ya ha pasado!

D. Lupercio. Quién?

D. Ambrosio. Quién ha de ser? Nuestro paño de lágrimas! Nuestro Mesias! Cabrera! Pues no ha oido usted gritar, viva el conde de Morella?

D. Lupercio. Con efecto, asi... en confuso...

D. Ambrosio. Y yo tambien he gritado con todas mis fuerzas: viva!

D. Lupercio. Oh! Qué hago yo todavía con el peluquin en la cabeza? (*Lo tira en alto.*) Viva!

D. Ambrosio. Ay, D. Lupercio de mi alma! Le he visto...

D. Lupercio. Le ha visto usted, hombre privilegiado! (*Volviendo á ponerse el peluquin.*) Ah! Yo voy tambien...

D. Ambrosio. Es escusado. Ya va lejos.

D. Lupercio. Y qué tal? Se parece al retrato que yo tengo? Es *vera effigies*?...

D. Ambrosio. Idéntico! Pero ca! mucho mejor... Y si viera usted... Ha crecido!

D. Lupercio. Si? No es estraño que en Lila haya dado un estiron. Y quién daba esos vivas?..

D. Ambrosio. El pueblo, la tropa... Ya tenemos á la puerta de casa un batallon carlista.

D. Lupercio. De veras? A ver, á ver... (*Abriendo un poco la reja y mirando por ella.*) Hombre de Dios! Si son los mismos nacionales que han estado en esa calle todo el dia!

D. Ambrosio. (*Mirando del mismo modo.*) Con efecto. Yo... de puro gozo veia sin duda un poco turbio... Pero ello es que victoreaban y hacian los honores... Pues esto es que se han pasado.

D. Lupercio. Eso será.

D. Ambrosio. Qué bueno! Ya somos todos unos!

ESCENA XVI.

DICHOS Y DOÑA LIBRADA.

Doña Librada. (*Sentándose y abanicándose.*) Uf!.. vengo furiosa...
D. Ambrosio. (*En voz baja á D. Lupercio.*) Eh? Qué tal?
Doña Librada. De alegria...
D. Lupercio. (Otra te queda.)
Doña Librada. Y rebiento...
D. Ambrosio. (*Al oido á D. Lupercio.*) Pues!
Doña Librada. De patriotismo. Le acabo de ver con estos ojos!
D. Lupercio. A quién? A S. E.?
Doña Librada. Por supuesto.
D. Lupercio. Al héroe de Morella?
Doña Librada. Al mismo.
D. Lupercio. Al general en gefe?
Doña Librada. Claro está.
D. Lupercio. Al defensor de la justa causa...
Doña Librada. Sin duda.
D. Lupercio. Al inmortal caudillo...
Doña Librada. Justamente.
D. Lupercio. Al santo, al maravilloso, al hermosísimo Cabrera?
Doña Librada. (*Levantándose.*) Huy!... Maldecido estacionario, qué nombre te atreves á pronunciar? A quien yo acabo de ver entrar en triunfo, mal que te pese, es al escelentísimo señor D. Baldomero Espartero, duque de la Victoria y de Morella, conde de Luchana, &c. &c. y mas &c. y rabia, rabia, rabia con veinte &&c.
D. Lupercio. (*Consternado.*) D. Ambrosio!
D. Ambrosio. (*Lo mismo.*) D. Lupercio!
D. Lupercio. Será verdad?...

ESCENA XVII.

DICHOS, VIGIL, D. GINES, NACIONALES, *trayendo como en triunfo á D. Marcial.*

D. Gines. Viva Espartero! Viva el valiente ejército nacional!
Todos. Viva!
D. Marcial. Gracias, amigos mios, compañeros.... Viva la milicia nacional!
Todos. (*Y tambien D. Lupercio y D. Ambrosio, aunque con voz compungida y rezagada.*) Viva!
Doña Librada. Qué veo! Querido Marcial! Mi capitan! (*Le abraza.*)
D. Marcial. Señora mia!—Señor D. Lupercio! Vengan esos cinco.
D. Lupercio. (*Con risa forzada.*) Sí señor. Tanto bueno por acá! (Si hoy no me da un garrotillo, digo que soy de piedra.)
Vigil. (Por dónde andará ese número diez y nueve..?) Hasta despues. (*Vase consultando la lista.*)
D. Marcial. No he querido descansar sin ver á ustedes y á mi adorada Casilda..., aunque temo que ella no se acuerde ya de mí. Dónde está? Se ha casado?
Doña Librada. No señor; y aun por eso tiene la pobre un poco dislocado el seso y ha dado en tener unas visiones tan escéntricas y antiparlamentarias... Pues no se le ha atravesado entre ceja y ceja que se ha de casar con un serenísimo señor? Ideas retrógradas que ha heredado... yo sé de quién.
D. Lupercio. (*En voz baja á D. Ambrosio.*) Esta muger me pierde hoy dia de la fecha!
D. Marcial. ¿Pero es posible... ¿Con que Casilda...
Doña Librada. Aqui la tiene usted.—Hola! Y de veinte y cinco alfileres!

ESCENA XVIII.

DICHOS, CASILDA.

Casilda. Qué comitiva es esta? Vendrán acaso de

parte de S. A... (*Dando un grito de alegria.*) Ah! Marcial!—Oh!... Sosténgame usted, mamá. (*Se apoya en el hombro de doña Librada.*)

D. Marcial. Casilda! La encuentro mil veces mas bella que la dejé.—Pero, ay Dios! loca...

Doña Librada. No: yo espero que con la vista de su novio se cure...

D. Lupercio. Sí; ese grito epiléptico anuncia una crisis...

D. Gines. Crisis? Otra crisis? Por Dios, que no dure tanto como la pasada!

D. Marcial. (*Acercándose á Casilda.*) Yo soy, amor mio.

Casilda. Tantos años sin escribirme!

D. Marcial. Yo te escribí al principio, pero sin duda interceptaron los facciosos tus cartas y las mias, y despues, como estuve prisionero y me creia olvidado... Pero nunca, lo juro por tus ojos, nunca te has apartado de mi memoria ni de mi corazon.

Casilda. Qué dulces vocablos! Otra página de Jorge Sand!—Y qué guapo viene, mamá! Qué bizarro está con las charreteras!

D. Marcial. De veras, te parezco bien, Casilda mia?

Casilda. Oh! Sí; pero los decretos del destino... El genio de la caverna nos separa!

D. Marcial. Pícaro genio! Pero esa es una arbitrariedad que yo no puedo consentir.

Doña Librada. Sí; una especie de despotismo ilustrado...

Casilda. Ah! por qué habré yo leido á Jorge Sand!... Sí, Marcial; una parte de mi ensueño se realiza ahora que vuelves á mis ojos tan enomorado como antes, y mejorado en tercio y quinto. Soy amada por un hombre... que se parece á tí!

D. Marcial. Como que yo, claro está, soy yo mismo.

Casilda. Pero no eres infante!

D. Marcial. Oh! sí tal, sí tal. Pues no he de ser infante siendo capitan de infanteria?

Casilda. Es verdad; esa esplicacion luminosa descifra el enigma. Mi cabeza se va serenando... Mi corazon se regocija... El oráculo se cumple... El genio de la caverna deja bien puesto su pabellon...

Y sobre todo ese es mi gusto y esta es mi mano.

D. Marcial. (*Estrechándola en las suyas.*) Oh divina criatura! (Haremos un auto de fé con su coleccion de novelas.)

Doña Librada. Bien! aprobado! Yo os doy mi bendicion.

D. Lupercio. (*Aparte con D. Ambrosio.*) Y conmigo no se cuenta? Con un padre!... Oh témpora!...

D. Ambrosio. Resignacion, señor D. Lupercio! Resignacion!

D. Lupercio. (*En alta voz.*) Con permiso de ustedes... yo tambien bendigo esa boda... (y maldigo mi fortuna!)

ESCENA XIX.

LOS MISMOS, VIGIL, MÁSCARAS.

Vigil. Adentro, adentro y en celebridad del dia tengamos aqui un poco de jaleo, si Doña Librada lo permite.

Doña Librada. No he de permitir, yo que soy entusiasta de la libertad? Ha hecho usted bien en tomarse esa libertad. Sí señor, que bailen con toda libertad en nombre de la libertad.

Vigil. Gracias. Pero relevemos primero al vigilante... A ver... Numero 19!

Nacional 1.º No está aqui.

Vigil. Ni en la calle tampoco. Por vida! Y segun la lista debe ser Gutierrez. (*Consultando la lista.*) Pues! D. Blas Gutierrez; pero Gutierrez cambió con Santibañez y Santibañez...

D. Gines. (*Arrebatándole la lista.*) Traiga usted aqui esa lista, atolondrado! Todo el dia anda usted hecho un azacan, y á cada relevo tenemos la misma cancion. A ver si yo le saco á usted del pantano... (*Leyendo para sí la lista.*) Pero quién entiende esta... taquigrafia?

Vigil. No; si la lista estaba clara, sino que luego... con tanto cambalache, y los recargos y la...

D. Gines. Ello es que ya no rige, porque cada nombre tiene veinte y cinco comentarios y aqui no hay

mas remedio que uno. Releve usted con cualquiera... Con el señor.

Nacional 3.º Estoy pronto, mi sargento. (*Vase siguiendo á Vigil.*)

D. Gines. Luego haremos otra lista, y lo pasado pasado. (*Poniendo un dedo en la lista.*) Vea usted aqui! Esta Liorna de nombres propios y números y puestos y calificaciones es un emblema abreviado de lo que es la nacion española. Con tantas vicisitudes y trapisondas ya no nos entendemos unos á otros... (*Rompiendo la lista.*) Eh! corte de cuentas. Amnistia general que solo esceptúe á los malvados, y de hoy en adelante...libro nuevo!

D. Marcial. Y ese libro nuevo cuál puede ser sino la Constitucion que todos hemos jurado? Viva la Constitucion!

Todos. Viva!

Doña Librada. Sí señor; viva, y caiga el que caiga; y fuera pasteles, y nada de transacciones. Lo que yo digo! Hasta que Espartero mande fusilar á un centenar de pajarracos...

D. Marcial. (*Con dignidad.*) Señora! Aqui no se trata de fusilar á nadie. No le ha dicho á usted la noble y cuerda conducta del pueblo madrileño y de sus dignos representantes que la grandeza de alma debe ser el primer distintivo de los verdaderos liberáles? Y en cuanto al general Espartero, su carácter es demasiado noble para complacerse con el funesto espectáculo de sangrientas reacciones. Su mision es mas elevada, mas patriótica. Cuantos acaten la ley pueden contar con su apoyo y su proteccion; y al frente del gobierno constitucional como á la cabeza de los egércitos, sabrá siempre corresponder con gloria á la confianza del trono y de la patria.

Doña Librada. (*Conmovida.*) Sí señor: asi lo creo... Y quién ha de decir lo contrario? Sino que una se deja llevar de su entusiasmo... Mire usted; yo tampoco soy sanguinaria. Sí no puedo ver matar un pollo sin horripilarme! Ea pues; indulgencia plenaria y que viva todo el mundo. (*En voz baja formando corro con don Marcial y los nacionales y

guardándose de don Lupercio.) No obstante, me han de conceder ustedes, siquiera, un inocente desahogo.

D. Marcial. Sepamos cual...

Doña Librada. Es preciso que cantemos un trágala à mi marido.

Los nacionales. Nada de trágalas!

D. Marcial. Al contrario; yo propongo que reproduzcan ustedes marido y muger el abrazo de Vergara.

Doña Librada. Yo abrazar á ese... buho?

D. Lupercio. Yo abrazar á esa... arpía?

D. Ambrosio. (*En voz baja.*) Resignacion, don Lupercio! Resignacion!

Todos. Sí, sí, que se abrazen, que se abrazen!...

Doña Librada. (*Dando un paso.*) Ya que ustedes se empeñan...

D. Lupercio. (*Dando otro paso.*) Ya que la patria lo exige...

Doña Librada. Está bien; pero es lo mas inmoral...

D. Lupercio. Corriente; pero en Dios y en conciencia...

Doña Librada. Vamos; anda!

D. Lupercio. Anda tú!

D. Marcial. (*Empujando á doña Librada.*) Los dos á un tiempo.

D. Gines. (*Empujando á don Lupercio.*) Y asi no habrá vencidos ni vencedores. (*Quedan abrazados, y ambos tuercen el gesto al verse en semejante actitud.*)

D. Lupercio. (*Por lo bajo*). Hum!...

Doña Librada. (*Lo mismo.*) Hem!...

Todos. (*Palmoteando.*) Bravo! Bravo!

Doña Librada. (*En voz baja al separarse.*) Servilon!

D. Lupercio. Mala hembra!

D. Ambrosio. (*En voz baja.*) Resignacion, señor don Lupercio! Resignacion!

Doña Librada. (*A las máscaras.*) Vamos; ahora ¿qué hacen ustedes que no rompen el baile? (*Suena dendro música militar.*) Justamente suena música en la calle y la pueden ustedes aprovechar. (*Pónense en baile las parejas.*)

D. Gines. (*Abriendo la reja y mirando por ella.*) Es un batallon de la milicia que desfila por aqui. Mu-

chachos, vamos nosotros á formar! (*Vanse el sargento y los nacionales.*)

Doña Librada. Sentémonos nosotros y rompa el baile. (*Siéntanse los actores, ejecutan una danza los enmascarados, al son de la música, y poco antes de concluirse el baile aparece Camarma.*)

ESCENA XX.

LOS MISMOS Y CAMARMA.

Doña Librada. Bien bailado! Viva la patria!

D. Lupercio. (*Aparte con D. Ambrosio.*) A mí me han estado haciendo piruetas encima del estómago.

D. Ambrosio. Resignacion, señor D. Lupercio! Resignacion!

Nacionales. (*Entrando.*) Ya estamos acá de vuelta!

Vigil. Y el baile se ha concluido! Pero el reglamento y mi categoria militar...

Nacional 2.º (*Riéndose.*) Eh, eh,... La categoria de un cabo!...

Vigil. Hombre, usted me ha tomado por su cuenta y vive Dios...

D. Gines. Vamos, no sea usted niño.

Doña Librada. Cuánto siento, ciudadanos, que no haya en casa algo que echar á perder... Pero irá Camarma en un instante...

Camarma. Señora, no hay que apurarse, que ya se ha provisto á eso.

Doña Librada. Cómo?

D. Lupercio. (*Sobresaltado.*) Eh?

Camarma. Con motivo de la solemnidad del dia, mi amo y señor, que es un decidido patriota, y un acérrimo progresista, aunque no lo parece, me ha maudado improvisar en sendos azafates una carga de bizcochos...

D. Lupercio. (*Entre dientes.*) Asesino!...

D. Ambrosio. (*Al oido.*) Resignacion!

Camarma. Y una rica y abundante ponchada... que dice asi. (*Entran varios criados con el obsequió consabido, y colocan las bandejas y demas sobre una mesa.*)

Don Lupercio. (Maldicion!) Con efecto, señores. Háganme ustedes el gusto de aceptar esa friolera...

Vigil. Vamos allá; sin cumplimiento; militarmente. (*Todos se agrupan alrededor de la mesa; y los criados sirven el ponche y los bizcochos.*)

Doña Librada. (Ah!... Ya comprendo; pero Camarma se la ha jugado de puño.)

Don Gines. Siempre dije yo que don Lupercio era una alhaja.

Don Lupercio. Sí señor; yo reprimia mis sentimientos patrióticos... (Sudo de corage!) hasta que una coyuntura... (Estoy frito!) Y en fin... por no abusar... (Soy mártir!)

Doña Librada. Ea, muchachos, alegria y trinquemos!...

Todos. Bebamos!

Don Ambrosio. (*Aparte con don Lupercio.*) Resignacion, don Lupercio! y echemos tambien nosotros una mano á la bandeja y otra á la copa para que no se pierda todo. Yo, por mi parte, me resigno...

Don Lupercio. No puedo! La desesperacion me seca la garganta.

Don Ambrosio. Y el hambre me la abre á mí de par en par. (*Asalta una bandeja y come y bebe con ansia hasta caer el telon.*)

Don Marcial. (*Dándole bizcochos.*) Esta fineza, señor don Lupercio.

Don Lupercio. (*Rehusando.*) Gracias... Estoy algo desazonado...

Don Marcial. Hará usted ese desaire á su yerno futuro?

Don Lupercio. (*Tomando los bizcochos.*) Vaya! (No voy á poder atravesarlos.)

D. Gines. (*Ofreciéndole ponche.*) Y esta copita por mí.

D. Lupercio. Gracias, ciudadano sargento. (¿Cómo ha de ser! Tomaré el consejo de D. Ambrosio. Los duelos con ponche son menos.)

Doña Librada. Alto ahí! Todo ha de ser beber? Echemos unos cuantos brindis.

Todos. Sí, sí, á brindar.

Vigil. Que empiece el capitan.

Todos. Si, sí.
D. Marcial. (*Brindando.*)
A la inmarcbitable gloria
del general ciudadano,
que sin estrangera mano
nos condujo á la victoria.
Severa y justa la historia
lauro eterno le prepara,
que ya en su libro estampara,
y en su página mas bella,
junto al triunfo de Morella,
el abrazo de Vergara.
Todos. Bravo, bien, bien.
Los Nacionales. Que brinde el cabo Vigil.
Vigil. Allá voy yo. (*Brindando.*)
¡Gloria al valiente adalid
que la justa causa escuda!
Por mi boca le saluda
la Milicia de Madrid.
Gloria á los hijos del Cid!
Esos vasos levantad; (*A todos, y lo hacen.*)
y en santa fraternidad
gritemos, y yo el primero,
Viva Isabel, Espartero,
y viva la Libertad!
Todos. Viva! viva!
Nacional 1.º Al sargento le toca.
Todos. Sí, sí, al sargento.
D. Ginés. (*Brindando.*)
Sonó la hora apetecida
del tercer pronunciamiento;
y juro á fe de sargento
que á las tres va la vencida.
Y no sé yo, por mi vida,
quien nos hará oposicion,
porque no hay en la Nacion
militares y paisanos,
que todos somos hermanos,
y hermanos de corazon.
(*Dice los dos últimos versos dando la mano á D. Marcial.*)
Todos. Muy bien, muy bien.
Vigil. Que diga algo la señorita de la casa.

Todos. Si, sí.
Casilda. (*Brindando.*)

Lució el venturoso dia,
tras tantos dias dolientes:
entre tus hijos valientes
álzate ya, pátria mia.—
Mas ceda tanta alegria
por un instante al dolor...
¿No reclaman nuestro amor
los que cayeron con gloria?..
Lágrimas á su memoria!!
Coronas al vencedor!!

(*Al decir Casilda el penúltimo verso, todos se descubren con respeto.*)
Todos. Bien, bien. (*Sin algazara y conmovidos.*)
Doña Librada. (*Tomando una copa.*)

Yo no sé versificar,
pero en tan hermoso dia
Librada, por vida mia,
callada no se ha de estar.
Venga ponche, y á brindar:
brindo al triunfo conseguido;
y brindo, aunque á mi marido
hoy se le lleve pateta,
por la Constitucion neta,
y por mi Duque querido.

Todos. Bravísimo, muy bien, muy bien.
D. Ambrosio á D. Lupercio. (*Aparte, muy compungido. Mientras todos se acercan á la mesa para beber.*)

Con que era un sueño estrambótico?!!
No viene Cabrera el táctico?!!
y sin gobierno despótico
sigo en mi biombo gótico
de memorialista práctico!
Ellos tienen mas razon
pues son mas con quinto y tercio:
triunfa la Constitucion...
no nos alcanza la uncion...
la tragamos, D. Lupercio.

(*D. Lupercio y D. Ambrosio se miran tristemente.*)
D. Ginés. Vamos, ahora le toca al amo de casa.

Todos. Sí, sí, al amo de casa.
D. Lupercio. Si yo he de brindar tambien,
si de esto nadie prescinde,
si es forzoso que yo brinde...
(¡Maldígate Dios, amen!)
(*A Camarma que le presenta la copa.*)
Puesto que ustedes me ven
cogido en mis propias redes...—
(Válgame San Nicomedes!!)
yo pido alafia, y me rindo,
y me echo en el surco, y brindo...
(*Tomando la copa.*)
por lo que quieran ustedes.
Todos. Ja, ja, ja, bien, bien. (*Riendo.*)
Vigil. Un brindis falta; el del ciudadano Camarma que está aqui.
Todos. Es verdad; que brinde, que brinde.
Camarma. Corriente, señores, allá va Camarma. (*Brindando.*)
Aunque el amo de su umbral
me arroje con torbo ceño,
vaya un brindis liberal.
Por el pueblo madrileño,
y su Guardia Nacional!
Todos. Viva, viva. Bien por el ciudadano Camarma.
D. Ginés. Ahora, antes de separarnos, cantemos el himno nuevo.
Todos. Sí, sí, el himno.

HIMNO Á ESPARTERO.

CORO.

Honor al valiente,
al noble Adalid,
que al mundo recuerda
los hechos del Cid.

—

Vengando brioso
diez años de afrenta,
con sangre acrecienta
del Ebro el raudal;
Y en vano sus breñas
le opone Navarra,
que triunfa y desgarra
la enseña infernal.

—

Valiente caudillo,
la patria gozosa
de palma gloriosa
corona tu sien;
Ramales lo pide,
y Orduña, y Estella;
Luchana y Morella
lo piden tambien.

—

Si lauros te brinda
de Marte el estruendo
do quiera venciendo
al siervo tenaz;
De oliva circundas
tu frente preclara
signando en Vergara
la union y la paz.

—

Contempla ese pueblo
que hirviente se agita;
escucha cual grita
en ronco clamor.
Saluda al que supo
con nobles hazañas,
sin armas estrañas,
salvarle el honor.

Los hombres que miras
no sufren ultrage;
si es pobre su trage,
moreno su pan,
Sus almas son nobles,
su causa muy bella.
Contigo por ella
sus vidas darán

—

Ya basta de sangre,
de horrores y saña;
mas si hay quien á España
se atreva á insultar;
Verás á ese pueblo,
que el miedo no abate,
contigo al combate
en masa volar.

CORO.

Honor al valiente,
al noble Adalid,
que al mundo recuerda
los hechos del Cid.

CAE EL TELON.

Fabricación de aceite de olivas y demás granos oleaginosos, por J. Gómez de Fuencarral. 12 reales.

Cultivo del olivo y demás plantas productoras del aceite, por J. Gómez de Fuencarral. 12 reales.

Enfermedades de los vinos, por Adderson. 6 reales.

Estudios sobre el vinagre, su fabricación, sus enfermedades, por Pasteur. 12 reales.

Cultivo de la caña de azúcar, sorgo azucarado y remolacha, por Gómez de Fuencarral. 10 reales.

Tratado de la falsificación de los vinos, por J. T. V. Muller, 10 reales.

Fabricación de vinos espumosos, por Juanay y Maumené. 12 reales.

Manual práctico para el análisis de los vinos, por J. T. V. Muller. 13 reales.

Tratado del cultivo de la vid y vinificación, de Guyot. Segunda edición. 24 reales.

Ensayos sobre las variedades de la vid común, por D. Simón de Rojas Clemente. 30 reales.

El arte de colorear los vinos con el color natural de la uva, por Prunaire. 10 reales.

Guía teórico-práctica para combatir las enfermedades de la vid, por Muller. 12 reales.

El arte de hacer el vino, por Ladrey, 1884. 16 rs.

La industria popular, colección de recetas útiles y prácticas, por J. Gómez de Fuencarral. 8 reales.

La tintura en lana y en otras fibras lanosas, descrita para uso del tintorero práctico, por el Dr. M. Reimann. 40 reales.

Manual práctico para la fabricación de licores y jarabes, por Juan P. Ruiz de Ciudad. 24 reales.

Manual de economía política, por Enrique Baudri-

Tratado del contrato de compra y venta, anotado y concordado. Un volúmen, 32 reales.

Tratados de la posesión y prescripción, de Pothier, anotados y concordados. 1880. 28 reales.

Tratado de retractos, de Pothier. 16 reales.

Tratado del dominio de la propiedad, de Pothier. 16 reales.

Derecho civil general y foral de España, ó sea resumen ordenado de las leyes vigentes en los varios territorios que forman la monarquía y de las decisiones del Tribunal Supremo que establecen jurisprudencia, por D. José Antonio Elías. Segunda edición. 100 reales.

Legislación hipotecaria antigua, nueva y novísima de España, Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Segunda edición, 1882. Un volumen, 24 reales.

Legislación canónica, civil y administrativa, vigente en España y sus posesiones de Ultramar sobre cementerios, por D. Antonio Elías de Molins. 24 rs.

El Concordato de 1851, anotado con las leyes, decretos y disposiciones que se han publicado en su aclaración, por D. Antonio Elías de Molins. 12 reales.

Manual de Derecho administrativo, civil y penal de España y Ultramar, para uso del clero parroquial, por D. Antonio Elías de Molins. Tres volúmenes en 8.º mayor, 72 reales.

Adiciones al Manual de Derecho administrativo, civil y penal de España y Ultramar, para el uso del clero parroquial. 10 reales.

Tratado de metalurgia, obra adicionada é ilustrada, por R. Wagner. 12 reales.

Tratado de medicina rural, por D. R. Elías de Molins. 20 reales.

